

Tema 2: Preparación espiritual para la Liturgia de la Eucaristía (II)

En la liturgia eucarística la fe se expresa, se vive, se celebra...

Fe y sacramento se necesitan, se buscan y se implican mutuamente como elementos complementarios y proporcionados entre sí. Juntos inseparablemente realizan la salvación. También en esto tenemos que crecer: la fe y los sacramentos establecen un continuo vital en la vida del cristiano, lejos de aquella división que muchas veces hacemos entre evangelización y sacramentos, nuestros comportamientos éticos y nuestra vida espiritual. (Aunque hay hoy un fenómeno curioso al que nos hemos acostumbrado: se habla de una **fe sin religión**, de creyentes no practicantes. Muchos creyentes lo afirman: si tengo fe para qué necesito los sacramentos). Vamos a pensar esto a través de un texto bíblico:

«Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda» (Mt 5, 23-24)

El texto nos habla de que **hay una continuidad vital** entre nuestras actitudes en la vida y la Mesa del Señor (Eucaristía). Si se rompe hay que pararse a revisar qué nos está pasando. **La fe personal del sujeto y su forma de articularse con el sacramento constituyen un gran centro de interés para entender la espiritualidad de la Eucaristía.** Todos somos conscientes de que, sin hacer juicios innecesarios, hace falta fe para celebrar los sacramentos y acercarse a la celebración del misterio de Cristo. Pero es verdad que corren tiempos difíciles, no tenemos una medida para la fe y tantas veces es el principio misericordia el que abre la Iglesia a aquellos que se acercan con sincero corazón.

La liturgia es el lugar privilegiado donde la Iglesia profesa la fe. La liturgia es la expresión viva, celebrativa y contemplativa de la fe. Esta fe objetiva coincide con el contenido de la celebración. Por eso la Iglesia desde antiguo ha cristalizado esta reflexión recordando que la forma de celebrar y de creer está

íntimamente relacionada. Hay un papel formador, pedagógico de la liturgia en relación a la fe y esto pasa demasiadas veces inadvertido.

En una buena formación litúrgica nos interesa la actividad de la fe en el interior del Sacramento, en el momento de la celebración; la oración de la Iglesia que pide la acción de Dios. Éste es el principio y fundamento de la espiritualidad litúrgica. Nos preguntamos en qué se funda la necesidad de la fe personal para lograr los frutos del Sacramento, cuál es su función, cuál es su referencia en relación al misterio de Cristo, a la Iglesia y al Espíritu Santo (aunque sabemos que la gracia es iniciativa de Dios y no se hace depender de nosotros mismos).

Nuestra reflexión nos lleva a plantearnos con qué fe acudimos a la Eucaristía, qué buscamos, cómo participamos... demasiado alegremente se llega afirmar que la fe se tiene sin necesidad de participación en la Presencia de Cristo en el sacramento. Reflexionad sobre este tema porque si voy a la celebración sin fe personal qué hago, qué espero...).

Por eso es necesaria la acción subjetiva en el sacramento: debemos invocar al Espíritu para vivir la Eucaristía como acontecimiento espiritual, vital. Siento necesidad de ello porque es el sustento de mi fe.

Hay elementos subjetivos y antropológicos que no podemos ignorar al afrontar la fe objetiva que aparece en la celebración. Damos por comprendido que la celebración es eficaz por sí misma, independientemente de cómo está mi fe, pero necesitamos la fe. *Sacrosanctum Concilium* (n.º 59) nos recuerda que **los sacramentos no sólo suponen la fe, sino que a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan**. Por eso se llaman «sacramentos de la fe».

Hasta hace unos años se consideraba la fe subjetiva del creyente como una disposición anterior al rito y ya el rito actuaba; esto llevaba a pensar en la aportación del sujeto en la celebración como poco exigida. Desde el Concilio se insiste en que el hombre debe entrar en el misterio y se propone devolver al Sacramento su rostro más humano. Y la respuesta de los teólogos hoy es que los valores humanos, la adhesión y los compromisos personales, forman parte de la celebración sacramental. Dios tiene en cuenta al hombre. Basta recordar que la Eucaristía incluye «el fruto de la tierra y el trabajo de los hombres». Es el hombre entero el que se implica en esta espiritualidad litúrgica y vital.

Pensemos si realmente un cristiano sin Eucaristía es un cristiano subalimentado. ¿Realmente mi fe se debilita si no participo en la Eucaristía? ¿Espero resultados y frutos automáticos como si los ritos fueran fuentes mágicas de salvación? ¿Me ayuda la Eucaristía a vivir mi vida?

Por otro lado, hay que subrayar **que los sacramentos no son objetos inertes, símbolos materiales sino acciones o celebraciones. Es la fe en acto.** Son acontecimientos vitales entre Dios y el hombre y por eso **exigen autenticidad en todas las manifestaciones de la vida.** Así autenticidad y experiencia de Dios se convierte en elementos a cuidar en la pastoral sacramental. No es extraño que se utilicen términos como encuentro, diálogo o comunicación para hablar de los sacramentos. Por definición **todo sacramento pretende ser el cauce de la autocomunicación de Dios al hombre y de la respuesta de éste a la salvación que le ofrece Dios.**

Ahora vamos entendiendo la **necesaria mediación de la liturgia eucarística: el cuerpo en el Cuerpo.**

El sacramento pretende poner en contacto a Dios y al hombre y en esto la fe juega un papel insustituible. El sacramento ofrece la mediación necesaria. **Es el puente que da paso a la otra orilla.** Bajo símbolos y ritos materiales significa y asegura la presencia de Dios y de la salvación. **Los símbolos de la Iglesia no tienen más sentido que para la fe. Sólo gracias a la fe se puede experimentar la presencia de Dios y su intervención actual en el sacramento.** Y así vemos cómo Dios toma la iniciativa y la Iglesia responde con la fe y las disposiciones del creyente que abre su corazón para ser transformado en Cristo.

¿Sirve la liturgia para orar?

La pregunta la hace alguien con sentido práctico que piensa que para hacer oración hay que estar en condiciones distintas a la de una celebración. Al fin y al cabo, esto de la liturgia se refiere a la ritualidad y esas cosas. Posiblemente mucha gente llega a la celebración sin **una resonancia previa que le haga caer en la cuenta de que va a participar en una acción en donde Cristo se hace presente y la Iglesia hace oración.** Independientemente de otros detalles, **la celebración nos introduce en un interesante diálogo entre Dios y su pueblo.**

En la liturgia encontramos a **la Iglesia en oración.** Y es que la Iglesia no puede estar de otra forma: **o hace oración y entra en diálogo con el Padre o se convierte en espectadora** (con lo cual ya no hablaríamos de liturgia cristiana).

La ausencia de disposiciones orantes como el silencio, el sosiego interno, la tranquilidad para la escucha, la atención a los ritos y símbolos litúrgicos... **hace que nos encontremos dispersos y expectantes.** Si hay algo nuevo, nos llamará la atención pero si la Eucaristía es “como la de todos los domingos” resultará que la dejaremos llevar por algo tan natural y pesado como **la rutina.**

¿Por qué tanta gente se siente extraña en la celebración, por qué no encuentra ahí la expresión de la fe de todos los hermanos, por qué no encuentra al Dios que le sale al encuentro encarnándose? ¿Encuentra el creyente hoy la verdad de la fe en la liturgia o, simplemente, se despista? ¿Entendemos los ritos de la Eucaristía, sus significados para la vivencia de la fe?

El fiel que asiste a la celebración asume los textos de la liturgia, los hace suyos, son una señal continua de la espiritualidad de la Iglesia. Si bien no excluimos la dificultad de algunos textos de la liturgia cristiana la experiencia de Dios se realiza aquí en (o por medio de) palabras y gestos. Muchos cristianos encuentran aquí una auténtica dificultad: a muchos les gustaría una liturgia menos fría y racional, una liturgia con unas impresiones mucho más afectivas en la espiritualidad vivida personalmente. Pero ahí está el reto.

Muchas veces concebimos la Eucaristía de modo demasiado utilitarista: misas como fin o principios de fiesta, encuentros que terminan con la rutina de una Eucaristía, de fin de curso o de inicio de unas jornadas.... Precondicionamos el misterio eucarístico en la lógica interna de nuestras conclusiones y deseos... Incluso pensamos, a veces, que la Eucaristía aumenta así nuestra fe cuando lo que la Iglesia pide en la Eucaristía es, no sólo la transformación del pan y del vino por el Espíritu, sino nuestra propia transformación.

La Eucaristía, como venimos reflexionando, nos ayuda a discernir nuestra relación con el prójimo:

«Al prescribiros esto, no puedo alabaros; porque vuestras reuniones causan más daño que provecho. En primer lugar, he oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros; y en parte lo creo; realmente tiene que haber escisiones entre vosotros para que se vea quienes resisten a la prueba. Así, cuando, os reunís en comunidad, eso no es comer la cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena; y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen? ¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe? En esto no os alabo» (1 Cor 11, 17-22)

De nuevo vemos, con la advertencia de S. Pablo, que tiene que haber continuidad entre las actitudes y la Mesa del Señor. La liturgia no es un hecho aislado de la vida del creyente y habremos de acercarnos a la Eucaristía con claros deseos de participación y conversión. Dime cómo vives y te diré cómo celebras.